



CUENTOS GANADORES
TERCER CONCURSO LITERARIO

leira
natural





CUENTOS GANADORES
DEL TERCER CONCURSO LITERARIO

letra
natural



Textos

Jean Carlos Navarro Reynoso
Fernando Emilio Henríquez
María Fernanda Gutiérrez Sánchez
Lía Camila Concepción
Diego Arturo Hernández Leonardo
María Laura Núñez Navarro
Mariela Esteva
Carla Angélica Aquino Rodríguez
Sheila Massiel Cáceres Ferreras
Jessiah Rodríguez
María del Pilar Rodríguez Suero
Lissette Aline García Suárez
Pablo José Ocampo Gómez

Ilustraciones

Arlette Espaillet
Nathalie Ramírez
Domingo Guzmán

Coordinación Editorial

Farah Hallal

Edición

Eladía Gesto de Jesús
Tomiko Castro
Farah Hallal

Diseño y Diagramación

Eunice Pereira


Impresión

Amigo del Hogar

ISBN 978-9945-8742-6-6

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la editorial. La infracción de estos derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en República Dominicana
Fundación Propa-Gas



Primer Lugar

YO SOY NIZAO... P.5

Por Jean Carlos Navarro Reynoso

Segundo Lugar

FILIBERTO, EL VALLE Y LA BOLSA PLÁSTICA P.11

Por Fernando Emilio Henríquez

Tercer Lugar

¡SERÉ RECUERDO! P.15

Por María Fernanda Gutiérrez Sánchez

MENCIONES

UNA RAMITA DE VIDA P.21

Por Lía Camila Concepción

EL VIAJE DE UNA GOTA P.27

Por Diego Arturo Hernández Leonardo

A LO QUE LLAMÁBAMOS PARAÍSO P.33

Por María Laura Núñez Navarro

LO QUE ME TRAJÓ EL VIENTO P.39

Por Mariela Esteva

SOLO SERÁ UN RECUERDO P.43

Por Carla Angélica Aquino Rodríguez

UN NIÑO LLAMADO MANUEL P.47

Por Sheila Massiel Cáceres Ferreras

LA MADRE DE LAS AGUAS MUERE DE SED P.55

Por Jessiah Rodríguez

LA GOLONDRINA VERDE P.63

Por María del Pilar Rodríguez Suero

UNA SIMPLE GOTITA DE AGUA P.69

Por Lissette Aline García Suárez

LA HUIDA P.75

Por Pablo José Ocampo Gómez





YO SOY NIZAO...

He vivido por mucho tiempo aquí, en Valle Nuevo, y cada día todo cambia más: mis hermanos los ríos Grande, Cuevas, Blanco, Banilejo, Ocoa, Tireíto y yo, nos hemos dado cuenta de que no sólo el Parque está cambiando, sino también nosotros. Todos hemos perdido lo que más nos importa, el agua, pero -sin duda- el que más está sufriendo soy yo: me duele ver cómo cada día se van mis hermanos y amigos. Ya muchos de mis amigos peces, y otras especies de animales, han muerto.

En lugar de las caras conocidas de mis amigos, hay personas vestidas con trajes raros que vienen a sacar cosas de dentro de mí. Tanto sacaron que hasta llegué a pensar que yo me quedaría como un pequeño charco sin salida. Un día oí a una de esas personas raras decir que las bestias llegarían, entonces la duda me arropó y empecé a preguntarme quiénes serían esas bestias. Dos semanas estuvieron hablando de las “bestias raras”, diciendo que “son grandes, fuertes y poderosas”.

Hasta que llegó el día en que, a lo lejos, oímos gritar a las personas diciendo: -¡Aleluya! ¡Ya llegaron las bestias!

Fue tal mi ansiedad y tristeza que esa misma noche, tuve un sueño horrible: sentía que una de las bestias se acercaba a mí y empezaba a sacar toda el agua y muchas de las rocas de mi interior. En el sueño yo no dejaba de agradecer a mi ángel guardián por haber escuchado mis plegarias, permitiendo que una máquina se descompusiera. Gracias a eso, todos los seres raros se retiraron. ¡Uf, qué pesadilla más horrenda! Desperté sobresaltado.

Luego de varios días de ansiedad, tristeza, turbulencias y mucho ruido producido por las “bestias”, sin explicación alguna, se fueron. ¡Esos momentos fueron gloriosos! Tan contentos y tranquilos estábamos, que llegamos a pensar que se habían ido para siempre. Decíamos que al fin todo iba a estar sereno y que íbamos a volver a ser felices.





Muchos de mis amigos regresaron, inclusive recuperamos un poco de nuestra amada agua y la esperanza.

Una tarde, disfrutando de esa tranquilidad, mis hermanos y yo planeábamos qué hacer para evitar que volvieran las bestias. ¿Qué haremos? Era la pregunta por excelencia y el centro de la conversación.

–¡Calma, por favor! –les dije– Con todo este escándalo no podremos concentrarnos en lo que queremos.

Es cierto –dijo Blanco– hagámosle caso a Nizao.

Entonces el río Cuevas, desde su silencio nos dijo:

–Podemos tratar de destruir a esas bestias.

–¡Buena idea! –gritamos todos en señal de aceptación y aprobación a la idea de Cuevas.

Así fue que empezamos nuestro plan y tratamos de destruir a nuestros destructores. Nos preparamos y, cuando volvieron, cada uno hizo lo mejor que pudo. Por ejemplo, los ríos empezamos a subir más para llevar a esas bestias lejos y los animales trataron de destruirlas con sus garras.

Todos los humanos empezaron a preguntarse qué ocurría, pero nadie acertaba en adivinarlo. Pasaron varios días desde que empezamos a ejecutar nuestro plan sin descansar, pero tristes porque veíamos que, por más esfuerzo que hacíamos, no lográbamos destruirlas y alejarlas de nosotros. No podíamos con ellas. Llegamos a pensar que eran indestructibles.

Lenos de tristeza, decepcionados y muy desilusionados, vimos cómo los humanos seguían luchando contra nosotros hasta llevarnos a la ruina: íbamos desapareciendo. Muchas de nuestras aves amigas se fueron, mis hermanos y yo empezábamos a ver disminuir la cantidad de agua de nuestros cauces; y lo que antes era una gran corriente

de agua cristalina y abundante, se iba convirtiendo en un pequeño charco y fina línea de agua. Mi pesadilla la estaba viendo hecha una realidad.

Veía alejarse a mis hermanos y ya no podíamos hablar y compartir como antes, nos habían arrebatado nuestra cercanía y libertad. Ya no podían visitarnos los niños del pueblo quienes llegaban a jugar y saltar en nuestras aguas, celebrando y disfrutando las ricas corrientes de agua que compartían con nosotros la maravilla de la Naturaleza, la alegría de disfrutar un rico chapuzón cuando todavía éramos cómplices de largas charlas de amigos, padres, familias completas quienes venían a visitarnos y, en nuestras rocas, se marcaban hermosos momentos.

Todo eso sin mencionar a nuestros amigos animales quienes encontraban en nosotros el preciado líquido que les permitía vivir; los árboles también, quienes recibían de nosotros agua pura y alimentos.

Volví la tristeza. Angustiado -y con muy poca esperanza-, llegaron los pensamientos y, sin querer, me puse a pensar en el día en que acaben conmigo, en ese día que no quede nada de agua, que solo quede el rastro de lo que fui por mucho tiempo: el gran río Nizao. Sólo espero que una chispa de esperanza vuelva a mí o alguien se apiade y venga en nuestro rescate.

En esos momentos en los que recordaba, me di cuenta de que la bestia estaba cada vez más cerca de mí. De repente llegó mi turno y vi cómo dos horribles bestias empezaron a acabar conmigo. Busqué a mi alrededor con el último ápice de esperanza de encontrar a alguien que se apiadara de mí y me ayudara. Traté de gritar pero no tengo voz humana, el ruido de las bestias era más fuerte que yo; tampoco tengo brazos para levantarme y lograr ser visto... tampoco piernas ni pies para escapar corriendo de esta pesadilla.

¿Qué puedo hacer? Lloraba en mi interior. Me tocará quedarme a ver cómo acaban con mi fuente de vida, con mi hermosa agua.

El ruido era cada vez más intenso, no podía ni escuchar mis pensamientos, sólo oía las voces de los hombres raros gritando.

-¡Cava más duro, aún queda más roca!

Yo quería crecer con todas mis fuerzas y arrancarlos de mi corriente, pero no podía hacer nada. Ellos eran más fuertes que yo.

De repente, y como si fuera en mis pensamientos, de la nada, de muy a lo lejos, oí una voz que me pareció familiar. Una voz infantil que se acercaba gritando.

-¡No, al río Nizao no! ¡Paren por favor!

Sólo oía la voz de un niño que llegó corriendo y se detuvo en mi orilla. Con lágrimas en su rostro pedía y clamaba por mí.... Pero ni las bestias ni los humanos, pararon. Parecían no oírlo o, mejor dicho, lo ignoraron por completo.

¡Qué pena, qué tristeza! Sin embargo, en lo más profundo de mi corazón volvió a surgir esa esperanza porque con la voz de ese niño me sentí vivo y amado otra vez. Esta es mi historia...mi realidad...mi triste situación que cuento hoy... y yo... Nizao les invito a que, desde mi tristeza, cuiden la Naturaleza, no sólo a mí, sino a toda mi familia: nuestros lagos... nuestros bosques... pensemos que ustedes, los seres humanos, dependen de nosotros y que no sólo somos agua, sino que somos vida.





FILIBERTO, EL VALLE Y LA BOLSA PLÁSTICA

Hace no mucho tiempo, en el hermoso Valle Nuevo, conocido como “Madre de las Aguas”, se produjo algo que parecía imposible: un incendio forestal. Parecía increíble porque Valle Nuevo es el lugar más húmedo, frío y protegido de la República Dominicana. Yo, un pequeño pez no muy llamativo a quien llaman Filiberto, viví esa horrible experiencia y les voy a contar cómo ocurrió.

Recuerdo ese día como si fuera ayer. Nadaba sin prisas, feliz en mi arroyo, oliendo el agradable aroma de la trementina de los pinos y sintiendo la fría temperatura del agua que recorría.

De repente, salté y vi a un grupo de excursionistas que, después de varios días de acampar en el Valle, se retiraban del lugar dejando basura, entre ellas, bolsas plásticas, vasos y platos desechables, latas y restos de comida.

Al fondo, justo donde comienza un pinar, vi una enorme fogata encendida que, al parecer, los excursionistas habían olvidado apagar y, en la cual, durante los días anteriores, cocinaron. También se agruparon allí por las noches para recibir calor, cantar y compartir unos palitos que ponían al fuego con algo redondo y blanco en la punta. Después de unos minutos pensé en lo impertinentes que eran los humanos con la Naturaleza, aún cuando disfrutaban tanto estar en ella.

Pronto sentí una fuerte brisa cálida que arrastraba toda la basura al arroyo. Una enorme bolsa plástica transparente que habían dejado los excursionistas fue soplada por el viento justo hacia donde mí. Al pestañear me di cuenta de que estaba envuelto en ella y, aunque podía ver todo lo que pasaba alrededor, la bolsa no me permitía moverme con facilidad.





Después de unas horas de intentos fallidos por salir de la bolsa, de repente un enorme tronco de pino, que ya tenía años por colapsar, cayó sobre la fogata abandonada. Todos los animales del lugar: aves, reptiles, hurones, escorpiones, arañas, mariposas y ranas se retiraron rápidamente. Pero yo, que estaba atrapado, no podía hacer más nada que quedarme ahí, observando la horrible escena de ese enorme tronco que estaba empezando a quemarse.

Después de unos minutos ya no podía ver nada. El humo gris nublaba todo el Valle. En ese momento me puse a recordar en lo hermoso que era el Valle sin todo este humo.

Recordé el cielo azul y el verdor que tenía antes, los altos pinos moviéndose de lado a lado, la inolvidable sinfonía de las ramas de los pinos y el viento, el cantar de los pajaritos al amanecer bailando felices por un nuevo día. Luego recordé el frío amanecer con una capa de hielo sobre la superficie de las plantas y el pasto. Simple y llanamente recordé aquel hermoso lugar... Valle Nuevo, uno de los lugares más bellos de la República Dominicana.

Luego de un rato pensando, volví a mi triste realidad y vi cómo, después de horas y horas, el humo empezaba a esparcirse. Vi a muchos polluelos asfixiándose por todo el humo que había en el Valle y me pregunté a mí mismo: ¿cómo ocho simples personas podían acabar, accidentalmente, con la vida de cientos de animales y plantas?

También veía cómo todos los otros indefensos árboles estaban en la misma situación, atrapados, pero por el fuego: se quemaban sin poder moverse.

Mientras el humo se esparcía, vi cómo otros peces también quedaron atrapados por enormes bolsas plásticas. En ese momento vi a un pez muy pequeñito que se asfixiaba porque la bolsa estaba tan pegada a él que no lo dejaba respirar, ya que toda el agua de su bolsa se había ido. Para mí ese fue el momento más duro de todo el incendio. Intenté e intenté salir de mi bolsa plástica para ayudar a ese pez y no podía. Lo vi luchar y luchar hasta morir.

Después de horas viendo cómo se destruía el hogar de muchos animales, vi correr a los impertinentes que dejaron la fogata prendida y escuché a uno de ellos.

–¡Corran por sus vidas y olvídense del Valle! –gritó.

En ese momento sólo pensé en que, si fuera un pequeño escorpión, picaría a cada uno de ellos para que pasen lo que estamos pasando, asfixiándonos sin poder hacer nada; pero, lamentablemente, no lo era y lo único que pude hacer fue quedarme ahí viendo a esos inconscientes salirse con la suya.

Horas más tarde, ahogado en pensamientos negativos, vino un fuerte viento que me sacó de esa horrible y enorme bolsa plástica. Sorprendido, salté de alegría y de seguro fue el momento más feliz de mi vida. Ayudé a todos los peces a salir de sus bolsas. Los saqué uno por uno. Terminé salvándole la vida como a seis de ellos. Como sentí un terrible calor, me sumergí nuevamente en el agua para refrescarme y, cuando volví a saltar, mi escamosa piel era tocada por una milagrosa lluvia que estaba empezando a bendecir el Valle, apagando todo el fuego que quedaba.

Todas las aves cantaron de alegría y un cardumen les hacía coro al saltar de emoción. Empecé a nadar libremente viendo cómo, todo el Valle, seguía destruido. Las aves no tenían hogar y nosotros, los peces, teníamos nuestro arroyo contaminado por la basura y por las cenizas de los árboles quemados. También gran parte de los pinos de Valle Nuevo cayeron por el fuego.

Sin embargo, después comprendí que todos los humanos no son tan malos: meses después los humanos vinieron al Valle, plantaron más de veinte especies de plantas y limpiaron el arroyo. Colocaron letreros que prohibían la contaminación del arroyo y las fogatas. Los pajaritos estaban muy felices, ya que los humanos les construyeron una especie de nido que los mantenían aun más calientes.

Con el tiempo, muchos de los animales que se habían retirado del Valle volvieron con alegría y, después de cinco años, el Valle estaba como antes. Los animales vivían como si nada hubiera pasado. Pero yo, Filiberto, nunca olvidaré lo que mis ojos vieron, ya que soy el pez más viejo de todo el Valle.





¡SERÉ RECUERDO!

Recuerdo que era el día más frío que mi transparente piel había sentido, ya que gran parte de ella estaba congelada, por lo tanto no me movía mucho, pero -para mi desgracia- sí podía ver, sentir y escuchar todo lo que sucediera a mi alrededor.

De pronto, el cielo estaba totalmente gris lleno de humo y cenizas, veía cómo mis amigas, las flores y plantas, se desmoronaban y se iban convirtiendo en recuerdos mientras eran arrastradas por el viento. Los animales corriendo desesperados de un lado a otro, buscando tal vez una salida o simplemente con la esperanza de encontrar un buen lugar para morir.

Yo estaba descongelándome. Mi piel se me empezó a quebrar y por fin pude moverme para poder huir de esta tragedia. Pero no fue tan fácil, las cenizas caían sobre mí, nublando mi visibilidad. Intentaba huir pero no podía dejar esos gritos atrás, escuchaba a mis fieles compañeras gritando auxilio con un delicado y temeroso hilo de voz.

Yo sólo pensaba: “ser un río es tan malo, no tengo ramas o raíces para ayudarlos... Tampoco puedo darles un poco de mí porque me dolerá”. Pero luego pensé que no me importará porque soy la única fuente de salvación aquí; soy yo o la simple espera de que un alma bondadosa venga a salvarnos.

“¡No!”, pensé, “yo soy fruto de esta tierra encantada; si me quedo seca no me importará, seré el caudal que todos admirarán, seré una heroína, algo que no me han permitido ser en mucho tiempo”.

Sentí el aire acariciando mi mojada y pura piel, tal vez él estaba escuchando todo lo que pensaba, y solamente quiso despedirse; pero ¿qué pasará conmigo? Hay tantos ríos en este lugar, todos se olvidarán de mí, los humanos buscan aguas más exóticas y mucho más claras y limpias que las mías.



Mientras perdía el tiempo pensando en ser una heroína o no, el incendio iba aumentando; y todo esto por la culpa de un irresponsable e irrespetuoso humano.

¿Qué tienen contra nosotros? Nos sacan todo lo que tenemos, nuestros minerales y tesoros... Y después, sencillamente, nos olvidan o nos hacen puro turismo para llenar sus insaciables bolsillos. Pero ahora no me puedo poner a pensar en esto, hay cosas más importantes como... ¡el incendio! Lo había olvidado, estoy tan concentrada en mí que me he olvidado de lo que realmente importa... O tal vez sea que no quiero morir. ¿Luego qué pasará? Pues no podré salvarlos a todos. Los humanos nos pondrán en uno o dos periódicos y ya... soy más que eso.

Bueno creo que después de tanto pensar, tengo una decisión: me sacrificaré. El fuego ha avanzado pero todavía tengo oportunidad.

Yo vi nacer este lugar, vi como cada planta brotaba, desde las más pequeñas hasta las más grandes. Por eso no quiero verlo morir en este insoportable infierno donde no hay más salida que ésta.

Este es el lugar donde los niños ríen y saltan, donde cada ave nos asombra con su canto, donde las pequeñas cosas se convierten en inolvidables momentos. Así que, amigos míos, ésta es mi despedida, mi adiós a la vida; sé que tal vez no me recordarán o que no seré una heroína, pero estaré bien conmigo misma, podré morir sabiendo que derramé mi sangre con la finalidad de una buena causa; sé que tal vez no tenía el mejor carácter, pero siempre he tenido la mejor intención. Sé que pase lo que pase, fui, soy y seré parte de Valle Nuevo.





The image features a dark brown background with several clusters of stylized green leaves. The leaves are rendered with a gradient from light to dark green and have a simple, clean outline. They are arranged in a way that frames the central text. The word "MENCIONES" is written in a light green, serif font, centered horizontally and slightly above the vertical center of the page.

MENCIONES



UNA RAMITA DE VIDA

La aurora boreal rodeaba las hermosas colinas y el viento hacía salir de un torbellino una hermosa silueta de una bailarina bailando al son de la flauta del jilguero. ¡Ah! –suspira el narrador– era un hermoso día normal en Valle Nuevo, hasta que... los animales escucharon un ruido ¡PRUM! ¡PRUM! ¡PRUM! que provenía de unas cajas naranjas. Ninguno de los animales o árboles conocían ese ruido. Todos se espantaron: los conejos a sus madrigueras, las aves a sus nidos. La brisa desapareció de un momento a otro... todos en paz y ni un solo ruido que no fuera de esas cajas, esas infernales cajas que interrumpían la paz y la alegría de la Naturaleza.

Los animales esperaron, esperaron y esperaron; el ruido no se fue hasta que el sol se apagó. La brisa vino anunciando que la pequeña cabaña con personas que siempre los cuidaban, y a veces alimentaban, estaba cerrada: no luces, no comida y mucho menos personas. Entre los animales se sintió un aire de tensión, de duda... y el más notorio, de miedo. Los animales comenzaron a acercarse al viejo árbol, ese gran ébano que había sobrevivido a grandes tormentas en ese lugar. Entonces el ébano abrió un gran surco que utilizó como boca y dijo:

–Sé qué son esas cajas. Hace no mucho vinieron las mismas máquinas, sus intenciones no eran buenas y querían tumbar todo, hacer grandes edificios para “innovar”... para dar comienzo a “la nueva era”. Esas fueron sus palabras.

Los animales alarmados preguntaban sin cesar ¿qué paso? ¿Cómo lograron que se fueran? El árbol dijo:

–Eso es algo que no recuerdo, en ese entonces era solo una ramita... y prepárense –agregó– para la peor tormenta de Valle Nuevo.



Se oyó un gran murmullo de parte de los animales y de los árboles; claro, ellos deberían ser los más preocupados ya que están plantados de por vida mientras que los animales tenían el privilegio de caminar y poder emigrar. Comenzó a lloviznar y los que estaban en la pequeña reunión se fueron a sus respectivos hogares, preguntándose si sería su última noche allí.

El agua inquieta propagaba las malas noticias por el Yaque del Sur, el Yuna y el Nizao. Luego cuando el sol empezaba a repartir sus rayos, pequeñas gotitas llegaban para preguntar:

-¿Y de dónde comenzaremos?

-¿Qué pasará con nosotras?

-¿De dónde los humanos sacarán el agua?

El viejo ébano no sabía cómo responder. Más tarde los árboles vieron cómo los animales emprendían su marcha sin consultar al viejo ébano. Se iban para jamás volver... para no ver repetirse el pasado vergonzoso. Las crías, inocentes, preguntaban:

-¿Hacia dónde vamos?

-¿Falta mucho?

-¿Cuándo volveremos?

Los padres avergonzados de su cobardía, sin mirar a sus hijos a la cara, decían: “No sabemos...”.

Cuando la brisa se dio cuenta de lo que estaba sucediendo fue rapidísimo donde el ébano. Iba tan rápido que no le dio tiempo de frenar y chocó con la vieja cara de don Ébano, quien al instante se levantó de su dormitar y, al ver todo, movió la rama más larga que tenía como una especie de ola y logró llamar la atención de todos y gritó para que lo escucharan bien.





–¿No se quedan? ¿Por qué? ¿No quieren ver esta belleza cada mañana? ¿O los hijos de sus hijos? Solo... –el árbol hizo una pausa para que meditaran– ¿Solo se irán?

Su cara rígida y enojada se relajó. Los animales avergonzados no sabían qué decir hasta que un gato silvestre, dirigiéndose a la multitud, dijo:

–Solo somos animales.

–Son libres. No obligaré a nadie a luchar por algo que no valora –dijo el ébano.

–¿Quién se queda?– preguntó el gato.

Los animales, orgullosos de su nueva decisión, caminaron hacia el árbol mientras, por dentro, se preguntaban: “¿Y ahora qué?”

El árbol les dijo a todos que se fueran a sus casas, que había sido un día agotador. La verdad era que necesitaba tiempo para descansar.

Y, esa misma tarde, las máquinas comenzaron de nuevo: ¡PRUM! ¡PRUM! ¡PRUM! Todo el mundo, espantado, corrió hacia el ébano.

–Sabía que no era buena idea quedarnos... –decían algunos– que teníamos que dejar que los pequeños se fueran.

El sonido empezaba otra vez ¡PRUM! ¡PRUM! ¡PRUM! Los animales aún más nerviosos esperaban una respuesta del ébano. ¡PRUM! ¡PRUM! ¡PRUM! Los animales cada vez más desesperados no sabían qué hacer y las cajas amarillas empezaban a moverse.

El ébano, indiferente, no abrió los ojos. Luego, forzosamente, susurró:

–¿Qué le quedará al humano? ¿Tierra seca? ¿Esos papeles verdes que tanto anhelan? ¿Qué pasará cuando todo se acabe? ¿Comprarán otro planeta? Apuesto a que no se detendrán hasta que todo se acabe, hasta que no quede un granito de arena que ex-

plotar, hasta que no quede una ramita de.... –y tomando un gran bocado de aire– vida. Fue su último aliento. El árbol sabía que había llegado su tiempo. Estaba totalmente seco por dentro. Seco y hueco como el corazón de los hombres que iban a matar el Valle.

¡TUM!

–¡Tumbaron un árbol! ¡Tumbaron un árbol! –se oían las voces desesperadas.

¡TUM! y otro ¡TUM! y otro.

Los animales corrían y corrían. Los desafortunados árboles no tenían tanta suerte. Veían cómo en cámara lenta mataban a lo que amaban. Sufrían cada segundo, cada minuto, cada árbol caído y como el viejo ébano predijo: no se detuvieron hasta que no quedó ni una ramita de vida.





EL VIAJE DE UNA GOTA

Nuestra historia comienza en lo alto, arriba en el cielo donde nace, de las bellas nubes, algo realmente pequeño, puro, limpio, claro y sin malas intenciones. Todo lo contrario, existía por el simple hecho de ayudar a quien la necesitase. Cayendo desde las alturas, sin control de su rumbo o trayectoria, sin tener la capacidad de decidir adonde ir, empieza el viaje de una gota.

Rápidamente toma lugar en una loma. Acomodándose en un pequeño arroyo, de un tranquilo y calmado paseo, se convierte en una turbulenta montaña rusa, que salpicaba por todos lados. Era muy difícil para la gotita mantenerse tranquila.

Saltaba de un lado a otro, de arriba a abajo y hacia todos lados. Afortunadamente, justo al lado del arroyo pasaba volando una pequeña avecilla, y en ese momento la gotita salió volando y, por suerte, aterrizó en el ala de esta ave. Rápidamente, el ave se elevó tan alto como las copas de los pinos. La gotita, asustada y sin saber lo que pasaba, exclamó:

-¡Ayuda! ¡Ayuda!

-¿Qué te pasa? ¿Acaso quieres dejarme sordo? -pregunta, preocupado, el pajarillo.

-¿Quién está allí? -pregunta la gotita sorprendida.

-Eso te pregunto yo a ti, ya que estás sobre mí.

-¿Cuál es tu nombre? -pregunta la gota.



-Mi nombre es Pedro Jilguero -le responde contento.

Luego la gotita empieza a pensar en todo lo que había visto y se da cuenta de que no sabe dónde está, lo que la lleva a realizar una nueva pregunta.

-¿Me podría decir usted dónde estamos?

Con la cara contenta, el pico sonriente y su buen humor Pedro Jilguero le responde.

-Mi pequeña amiga, estamos -nada más y nada menos- que en el maravilloso, hermoso, asombroso y radiante parque Valle Nuevo.

La pequeña gota, con sus ojos enormes llenos de alegría y entusiasmo, quiere conocer qué es Valle Nuevo. Ansiosa, le pide a Pedro Jilguero que le cuente más sobre este maravilloso lugar. La gotita escucha entonces, con todo oído, mientras el jilguero le cuenta lo asombroso y especial del Valle.

-¿Sabías que Valle Nuevo está elevado a más de 2,000 metros sobre el nivel del mar o que se encuentra al lado del Pico Duarte? -mientras él cuenta, muy enfocado, la gotita escucha en silencio.

Luego de un buen rato de conversación, Pedro Jilguero se posa en una rama a descansar y, al mismo tiempo, pone a la gotita en las hojas del árbol. Tristemente Pedro Jilguero se despide.

-Lamentablemente hasta aquí ha llegado mi viaje, debo ir a ver a mi familia.

-Está bien, no te preocupes -responde la gota desanimada- he pasado un muy buen tiempo contigo.

De esta manera el jilguero sale volando.

La gota, un poco desanimada, se desliza hacia un rincón. Cuando escucha un ruido



retumbante y perturbador, que suena como si un montón de animales estuviesen peleando, la gotita, un poco tímida, pregunta:

–¿Quién anda allí? –de repente el árbol se estremece y una voz grave le responde.

–Yo soy Chocho, el Pino Criollo, y tú... ¿Quién eres?

–Yo, señor... yo soy solo una pequeña gotita.

–¿Cómo puedes decir eso? Tú no eres solo una gotita cualquiera. Tú eres única e inigualable como cada uno de los seres vivos de este mundo. No importa que tan alta o baja seas, ni que tan grande o pequeña. Siempre debes estar orgullosa de lo que eres.

–Gracias por hacerme ver que soy especial –dice contenta.


Entonces el pino empieza a llorar y la gotita se preocupa.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

–Estoy muy triste porque los seres humanos no nos respetan a nosotros ni a Valle Nuevo y no se dan cuenta de lo que hacen: si siguen maltratando este bello ambiente lo perderán para siempre. Estoy aún más molesto porque están matando a mis hermanos pinos, talándolos para hacer carbón. Simplemente no se dan cuenta de que, incluso Valle Nuevo, es necesario para el país ya que desde aquí nacen más de 400 ríos y arroyos.

La gotita, pensativa, le da la razón al pino, mientras éste, lloroso, se sigue lamentando.

–Hay que ver las atrocidades que el ser humano hace al medio ambiente sabiendo que, en muchas ocasiones, estos lugares únicos e inigualables se pueden perder y no volverse a ver nunca en ningún otro lado; sin embargo, es un poco confuso que el hombre siga insistiendo en seguir explotando estos lugares y digo yo que el futuro de ellos y el futuro de Valle Nuevo son responsabilidad y juicio del hombre. De todos los seres vivos que conozco, y créeme que son muchos, al único que no logro comprender ni entender es al



ser humano; aquel que camina en dos patas y usa trapos para cubrirse, pero no es su exterior el que no comprendo, sino su interior: su forma de pensar y actuar, su forma de resolver problemáticas de maneras innecesarias. Para mí es realmente lamentable que estos hermosos lugares como Valle Nuevo dependan del hombre para seguir existiendo.

La gotita, un poco chocada, se queda en silencio, mientras que el pino estornuda sacudiendo sus ramas, mandándola así a volar. Por coincidencia y mucha suerte, la gotita cayó de nuevo sobre un ave, pero esta vez se había dado cuenta e inmediatamente le pregunta el nombre.

–Mi nombre es Juana Cigueta del Pinar –la gotita, exhausta, le pregunta hacia dónde se dirige. Ésta le responde con voz enojada.

–Realmente no tengo idea de hacia dónde voy, ya que mi casa fue derribada junto con todas mis pertenencias. Había vivido allí con mi familia desde que era un huevo. Estoy muy molesta y a la vez muy triste. Todavía no puedo creer que nos estén haciendo ésto.

–¡Alto! –les grita de repente una voz. Es un gran Ébano Verde que llama a Juana a posarse en sus ramas... a lo que ella le hace caso y, tranquilamente, se posa en él.

–¿Quién eres? –pregunta Juana.

– Eso no importa por ahora. Lo importante fue que escuché lo que conversaban y te diré que estoy dispuesto a ser tu nuevo hogar. ¿Qué dices? –pregunta finalmente el Ébano.

–Es fantástico. No se imagina cómo se lo agradezco –respondió Juana.

–Es importante ayudar a los demás, en especial cuando necesitan ayuda – dijo el Ébano.

La gotita recordó entonces que debía seguir su camino y, muy agradecida, le pide a Juana que la lleve hasta un río. De esta manera, la gotita se despide de Juana quien estaba retumbando de felicidad por su nuevo hogar y, por supuesto, su nuevo amigo.

Se sentía feliz y gozosa por haber conocido a tantos amigos que nunca olvidará.

En estos momentos la gotita se encuentra de nuevo en su viaje con un ligero presentimiento de que ya se terminaría. Se encontraba de nuevo adonde había empezado, en un río colina abajo, luego de un buen rato de camino, bajando desde la montaña hacia el mar abierto, donde terminaría su viaje.

–Es una sensación muy extraña, es como si me estuvieran halando hacia algún lugar cuando yo me niego, no era una sensación con motivos buenos, es raro, se siente verdaderamente mal, casi como si te estuviesen desmembrando o más bien desarmando. Puedo sentir como si cada pequeña parte de mí se separara y se elevara camino hacia otra parte lejos de mí; y yo sin tener la habilidad de impedir esto o de cambiarlo. En estos momentos me gustaría estar con mis amigos: Pedro Jilguero, Chocho el Pino Criollo, Juana Cigueta del Pinar y el señor Ébano Verde, en Valle Nuevo, hablando y riendo junto a ellos. Es triste que tenga que esperar tanto tiempo para volver a verlos y volver a estar con ellos en ese maravilloso lugar. Espero que para cuando vuelva allá todo permanezca como mis amigos y yo deseamos. Para cuando había terminado de pensar en todo esto, me di cuenta de que ya no existía más como una gota, ya me había evaporado.





A LO QUE LLAMÁBAMOS PARAÍSO

Vuelo sobre este inmenso vacío, sobre este montón de hojas. Todo parece haber cambiado de color, de verde, azul y gris ... a todo blanco. ¿Quién pudo haber hecho esto al paraíso donde los niños solían correr y jugar? ¿Acaso el bárbaro no pensó en los pobres niños? ¿O acaso en su niñez tuvo que preocuparse por dónde jugar? Pero ya no hay nada que hacer. Ya a este paraíso ni el sol le da para brillar. ¿O acaso un hombre algún día se preguntará por este pedazo de tierra? No lo sé, solo soy una mariposa que vuela sobre los escombros.

No pierdo la fe de que algún día, aunque sea un hombre, con su propio pensamiento, volverá a este paraíso y debajo de todo este polvo y escombros, dará vida a los árboles, al pequeño arroyo que por aquí pasaba; los animales volverán y mis alas ya no serán grises. Después de todo no me canso de soñar, de recordar esos días, donde solía posarme en la nariz de los bebés, causándoles risa; cuando las parejas solían pasearse por aquí, trayendo amor a este paraíso.

Los peces del arroyo ¿dónde quedaron? ¿En las manos del hombre? Espero que no... pero ¡mira! el cielo sigue estando ahí y el viento sopla en contra de mí. El cielo siempre será lindo, mas nunca será tocado completamente por los hombres. Realmente no creo que lo harían si supieran que el daño se lo hacen a ellos mismos. No lo harían, lo sé.

¿O los llamados de la Naturaleza tienen que ser, obligatoriamente, desastres naturales para que se den cuenta de que ellos mismos se perjudican? ¿Acaso no se pueden sentar a admirar la belleza que tienen alrededor o a escuchar a cada pájaro que grita cuando los bárbaros tumban su nido? ¿O se creen tan grandes que todo lo que ven lo quieren destruir? El problema es que no saben escuchar y se les olvida que el sol nos ilumina a todos y que la misma lluvia nos moja.





El dueño de este paraíso, alguna vez dijo: “Esta poca tierra no la doy por nada”.

Al parecer se le olvidó cuando llegaron los bárbaros, ofreciéndoles su mínima cantidad de dinero, que no se compara con lo que vale este pedazo de tierra, que no solo lo hacía feliz a él y que le hacía feliz con tan pocos recursos; y aunque las sonrisas no le daban para comer, al menos sí le daban para divertirse un buen rato en familia y, tal vez, pescar algún pez.

Aún recuerdo la lágrima de aquel niño que se asomó a la puerta del paraíso para venir a jugar con su hermosa cometa de colores tan brillantes, casi como mis alas. Al ver sus sueños y recuerdos destruidos, todo sobre la misma tierra en la que jugaba se paralizó. Quedó todo en silencio, un frío silencio... y sus ojos tan vacíos al igual que su delgado estómago. Y esa lágrima reluciente, caía sobre las hojas de aquel árbol donde el pequeño niño solía dormir, arropándose bajo la buena sombra de sus largas ramas; y el pobre niño varado ahí, preguntándose por sus bellezas, preguntándose por su árbol, rezando a Dios para que sea un sueño y no la triste realidad. Con tanta pena se fue a llorar a otra parte, pues ya no tenía adonde ir.

Antes de abandonarme, mis hermanas -las mariposas-, solían decirme que las siguiera, que ya en este paraíso mis alas no brillaban, pero en realidad me da lo mismo pues, si no es aquí, no es en ningún lado. Este lugar me dejó marcada. Así como le dio vida a mis alas, se las quitó y así como me dio la vida a mí, me la puede quitar. Prefiero morir aquí que en otro lugar.

Todo alrededor parece abandonarme, en cambio yo sigo aquí, sin abandonar este paraíso. Poco a poco me he dado cuenta de que nada es eterno, todo lo que nace, muere y siendo lo que sea, un animal, una flor, un árbol; pero eso no quiere decir que todo se acabó, porque aunque ese ya está muerto otro nace, otro se planta, otro crece.

No todo está perdido, pero sinceramente fuera más fácil si supiera el futuro de este paraíso, pero pase lo que pase, si aquí muero, habrá valido la pena. Tal vez tenga suerte y me regalen otra vida para vivirla aquí, ignorar los errores y buscar los sabores de este bello paraíso... Tal vez tenga más suerte.

Aún no dejo de pensar quién habrá querido hacerle daño al paraíso, a los que lo habitaban, a quienes lo disfrutaban. Al principio de la demolición de los bellos árboles, un bárbaro me miró, me miró fijamente. Desde su vista pude ver lo frío que se sentía por hacer algo así, que no estaba de acuerdo con lo que hacía, pero aún así, lo hacía. En sus ojos pude ver un alma ahogada por la sociedad.

Me miró tan fijamente que creo que supo lo que pensaba de él. Trató de atraparme, no sé si para matarme como le hizo al paraíso o para admirar mis alas que estaban perdiendo su color. Si tan solo supiera que el secreto no es atraparme ni perseguirme, es cuidar mi paraíso para yo volar y perseguir a quien lo disfruta.

Solo Dios sabe lo que hay detrás de estos bárbaros, detrás de esos oscuros y borrachos corazones. Él sabe qué se esconde detrás de esos débiles y hundidos ojos, de esa sonrisa que alimenta su orgullo pero no su corazón. Si tan solo cambiaran de pensar y amaran con el corazón, si tan sólo respetaran la Naturaleza como respetan a una mujer... si tan solo tuvieran corazón no fueran fríos como piedras y ricos de mentiras. Pero todo eso puede cambiar. Dios puede abrirles el camino fuera de las impurezas, un camino libre, donde el pensamiento y el amor van primero que los negocios y ganancias. Un camino donde puedan educar su mente y su corazón.

Después de todo el daño que hicieron a mi paraíso y a mí, aún así rezo a Dios para que los haga coherencia y que, en vez de que el pasado los persiga, crezcan como personas y corran la voz de que hay que respetar la Naturaleza, que hay que cuidarla y por cada árbol que cortaron en el pasado, planten uno más.

Mis brillantes colores se desvanecen a medida que va cayendo el sol. Aquí tan sola y vulnerable, pensando en lo que fue y soñando con lo que quiero que sea de este paraíso. No creo que tenga nada más que hacer que esperar por mi muerte. Aun no encuentro camino que seguir, solo soy una mariposa volando en un círculo, sola y perdida.

Este pedazo de tierra siempre será mi paraíso; sigo con fe de que esto volverá a ser lo que un día fue, pues si el final no es feliz, no es el final y no pienso darme por vencida sin experimentar mi final feliz. Nadie va a recogerme, pues nadie se molestó en recoger



los escombros de mi paraíso. Prefiero estar tirada por aquí como parte de éste. Tal vez mi paraíso esté bañado de errores, pero aun así es amor lo que siento. Me enamoré de este lugar cuando estaba hermosamente construido y el amor perdura estando completamente destruido. Antes de morir, doy gracias a este paraíso por brindarme los días más bellos de mi vida, por darme la vida. Y doy gracias a Dios por morir justamente donde quería morir, este paraíso es digno de ver mis alas caer.







Por Mariela Esteva
Ilustración: Arlette Espailat

LO QUE ME TRAJO EL VIENTO

Recuerdo el primer día que escuché su dulce cantar, el sonido retumbaba en las ramas de los pinos y, con la ayuda del viento, creaba una melodía única, jamás escuchada. El Valle estaba más frío que nunca, el canto de alguna manera me daba una calidez que no había sentido antes. La majestuosidad de los tonos me decía que no eran hechos por el hombre. Necesitaba conocer al creador de esta pieza o, mejor dicho, creadores. Descansando en la rama más ancha del pino más alto que había visto en esa tarde, estaban posados los directores de la pieza: un jilguero y una golondrina, un dúo que en mi memoria será inolvidable. El jilguero era una hembra adulta, la golondrina solo un pichón aprendiendo las reglas básicas del Valle. Se veía enferma, así que me acerqué para verla más de cerca. En ese momento, el jilguero sintió el calor de mi cuerpo aproximándose a él, así que abrió sus alas y voló a un roble cercano.

La golondrina, siguiendo los pasos de su tutora, abrió sus alas y, luego de impulsarse, emprendió vuelo. Luego de dos aleteos forzosos e inservibles cayó al suelo cubierto de hojas húmedas. Fue un impulso involuntario el ir corriendo a revisar a la avecilla que ahora se encontraba frenéticamente temblando en el frío suelo. Sin pensarlo dos veces, me quité el gorro que traía puesto y entré al pajarito en él, pegándolo a mi cuerpo para darle calor. Podía sentir los latidos lentos de su corazón; cada vez que daba un paso, disminuían lentamente marcando el fin de una vida que no llegó a comenzar.

Aguantando las lágrimas llegué a la caseta del guardaparques. Estaba cerrada, no había nadie que pudiera ayudar al ave que, con su canto, había despertado mi sexto sentido. Así, con el animalito en mis manos, su vida se deslizaba por mis dedos. Después de diez minutos sentada en un tronco delante de la caseta, un hombre de rostro fuerte y dominante me ordenó que me fuera y tirara al pajarito por el precipicio. No tenía otra

opción, agarré al polluelo por la pata y lo tiré lo más lejos que pude. Una lágrima se deslizaba por mi mejilla y, con más miedo que vergüenza, me fui corriendo de aquel lugar.

Me devolví al bosque siguiendo un trillo que me llevaba por todo el lugar. Mirando detalladamente cada árbol, flor, hoja y madriguera, buscando otro pajarito como el que me había cantado hacía menos de dos horas. Busqué en mi mochila el libro de aves que me regaló mi abuelo justo para este viaje. Allí encontré una imagen de la golondrina. La reconocí inmediatamente, y leí sobre su hábitat y sus características: “Viven en las cavidades de los árboles”.

Subí la cabeza y miré a mi alrededor. Examiné de arriba a abajo cada árbol que me rodeaba y advertí que no había lugar para que las golondrinas vivieran. En ese momento supe por qué el polluelo no estaba con su mamá, sino con un jilguero que lo había tomado como hijo adoptivo. Él no tenía madre, no tenía casa, no tenía a nadie: solo a una compañera que lo ayudó mientras pudo.

A veces pienso que los animales son más inteligentes que los humanos. Sin importar que nosotros tengamos más recursos, siempre terminamos usando, para cosas malas, nuestro planeta y todo ser viviente que habita en él. Sin embargo, un ser que no tenía nada cantaba como el niño más feliz del planeta. Con eso aprendí que solo cuando no tenga nada, sabré qué es ser feliz. El camino a la felicidad no es sobre cojines y colchones, si no es emocionante no se es feliz.

Devolviéndome por el trillo por el que llegué a aquel lugar, volví al campamento donde me esperaban mis padres. Notaron mi angustia, así que les hablé de lo que había pasado. Me mandaron a dar un baño, solo importándoles que había tocado un animal muerto. No podía creer que a nadie le importaba que había un problema que estas avecillas no podían resolver solas. Necesitaban nuestra ayuda y yo estaba dispuesta a dársela. Volví a Valle Nuevo dos meses después con cámara y grabadora en mano. Solo por si me encontraba con un dúo magistral otra vez. Caminaba cerca de los arroyos con mis sentidos atentos y lo escuché. Un canto único y majestuoso que solo una golondrina podía crear. Seguí la melodía al otro lado de un arroyito que me imagino que se convierte en un gran río. Me congelé: eran muchas golondrinas de diferentes tamaños.





Recordé que en mi mochila tenía un comedero de aves preparado y lo coloqué en una rama baja de un pequeño árbol, para que así los pichones y adultos pudieran comer con facilidad. Me senté detrás de un arbusto, escondida para que no se asustaran con mi presencia, tomando nota del comportamiento de todas las aves. Estuve, aproximadamente, una hora y media escuchando una orquesta que nunca paraba de tocar. Me sorprendí porque cada minuto me enamoraba más de la melodía. Y al tiempo que debía marcharme, lo hice con un peso en la espalda porque prefería quedarme allí para toda la vida.

Ahora que crecí y soy una adulta, estoy graduada de ornitología, vivo en una cabaña en Valle Nuevo rodeada por el sonido de los ríos y pajaritos que me levantan cada mañana. Mi trabajo es arduo y complejo, les hago casas a las Golondrinas Verdes que ahora solo habitan en este hermoso Valle. Alimento polluelos y les doy a las madres un lugar para cuidarlos. Pensándolo bien, mi trabajo es el mejor del mundo porque puedo hacer lo que amo, ayudando a los que me dan felicidad y disfrutando todos los días de lo que me trajo el viento.



SOLO SERÁ UN RECUERDO

Antes:

Todo es tan hermoso que parece un sueño. El sol irradia luz por todas partes, aunque el clima es húmedo. El paisaje es alucinante y pasas horas con tus ojos clavados en éste. Los gigantes árboles le dan sombra a las plantas que se humillan y se esconden entre las ramas. La hipocresía y todo lo horrible se disuelve en este extraordinario lugar.

Después, en el 2030:

Las voces de las aves truenan de terror por todo el lugar como los pasos de un caballo en el hipódromo. El melódico sonido del agua que dormía el atardecer ahora está preso. El frío rostro de lo que era un Valle traiciona a los huérfanos pajarillos. El humilde aroma que desprenden las flores que vestía al Valle con una máscara de esplendor, es reemplazado por sprays aromatizantes que las tienen atrapadas en una botella. El humano ha convertido el Valle en un calvario. Ahora, todo lo que será, es solo un recuerdo. Todo se derrumba ante nuestros ojos. No queda nada más, el recuerdo de lo que antes era algo hermoso. Era un Valle lleno de vida, era algo exótico, algo naturalmente bello. Lamentablemente, ya no hay más. Ahora sólo quedan edificios, autopistas y carros. Y la culpa... ¿de quién será? Es de una especie con mucho cerebro y poco sentido común, que se transporta en dos largas patas y, sin darse cuenta, no sólo me lastiman a mí, el jilguerillo, y a todas las otras especies del Valle; pues también se lastiman a ellos mismos y a su hermoso país, bueno, si no es que lo llegan a destruir completo. Esta especie llamada humana, destruyó a Valle Nuevo.

Discúlpeme por no presentarme bien. ¡Qué maleducado! Soy un jilguerillo, un ave que habitaba en Valle Nuevo y ahora está en búsqueda de un nuevo hogar, como mis compañeros. Después que destruyeron nuestras casas, ya no queda más que irnos de este



lugar. Pero antes de, quiero volver a recordar lo que era mi casa, lo que era Valle Nuevo. Quiero recordar mi edén, mi paraíso, quiero volver a ver lo que esa especie destruyó.

Todo comenzó en el verano del 2013. El día era hermoso como acostumbraba. El sonido del agua intimidaba a las rocas y las cubría con una manta cristalina por la que podías ver, a través de ella, todo lo que se movía en el río. Las aves despertaban a los otros animales con su canto imponente. Los árboles brindaban sombra de más en muchos lugares. El Valle era algo místico; era un bosque oscuro y frío que te asustaba, pero a la vez, era un paraíso encantador en el cual la Naturaleza te sorprendía y, en cada movimiento que hacías, todo a tu alrededor cambiaba.

Y, un día, llegó a nuestro Valle un grupo de humanos que, con sólo un vistazo, llegaron al corazón de Valle Nuevo; y así, poco a poco, no dejaron nada. ¡Y pensar que se veían agradables, pero sus ojos irradiaban fuego y sus máquinas rugían como leones! Así, con sus extrañas extensiones de cinco extremos, nos quitaron todo.

¡Bienvenidos al futuro, amigos! Éste es ahora su “Valle”. Con sus árboles estilo edificio, carreteras que tratan de imitar los caminos de hierba verde que antes cubrían el campo; presas y muros que le quitaron la vida al agua y la encerraron en una cárcel sin salida con una condena eterna sin ella hacerles nada; con los carros fingiendo ser animales y los helicópteros, aves. Sí, éste es su nuevo y renovado Valle, sin vida y sentido, y sin lugar para nosotros. Por eso me despido, alzo mis alas al aire y elevo un grito de angustia porque para serles sincero, así mismo como ustedes ahora no tienen nada, los dos compartimos la misma posición. Encontrar un nuevo hogar se me hará difícil y, tal vez, no tenga mucha suerte en el intento, pero es eso o resignarme a vivir en el techo de cemento de uno de estos edificios y contemplar, hasta mi muerte, lo que pasó de ser el paraíso a un infierno.





UN NIÑO LLAMADO MANUEL



He de decir que con el trabajo que he desempeñado, he aprendido muchas cosas, he tenido experiencias grandiosas, he escuchado historias que me han llegado al corazón y me han dejado un aprendizaje, pero la que siempre recordaré y atesoraré es la que les contaré a continuación.

Manuel era un niño de catorce años, a quien siempre le habían dado lo que quería. Nunca se le podía contradecir y, ¡ay de ti!, si decías lo linda que es la Naturaleza, porque te daba un discurso completo diciendo lo contrario. Su padre era un ambientalista que se dejó comprar cuando una compañía de madera le ofreció una buena cantidad de dinero y un puesto, en tanto no interviniera en ninguna tala de árboles.

Llegó un día en el que la compañía mandó al padre de Manuel, y a sus hombres, a Valle Nuevo. Debía permanecer allí por dos meses, hasta que encontrara una gran cantidad de árboles de buena madera que le darían un buen beneficio a la compañía. Posteriormente, debía llevar a cabo la tala. Manuel, por supuesto, debía ir también, pero él no quería apartarse de la tecnología que tenía en su casa. Sin embargo, después de ser obligado por su padre, fue.

Pasaron tres semanas desde su llegada y, ni el padre de Manuel o sus hombres, habían encontrado el punto donde había esa gran cantidad de árboles. El tiempo se agotaba y el padre de Manuel tuvo que recurrir a su hijo porque, a pesar de la pésima actitud de Manuel hacia los árboles y todo lo que viera, el niño era muy inteligente y tenía una gran habilidad para encontrar lo que fuera.

Después de haber separado a Manuel de la computadora portátil con la que se entrete-



nía en la cabaña, el niño fue mandado al bosque con todo lo necesario para que encontrara el punto y luego se lo comunicara a los hombres que trabajaban junto a su padre.

Mientras caminaba, Manuel sólo pensaba en cómo su padre le obligaba a ésto. Después reaccionó y decidió devolverse, pero se dio cuenta de que, al estar tan distraído con sus propios pensamientos, no sabía ni adónde había ido a parar. Trató de volver, pero se encontró más perdido aún. Rendido, y sin señal en su teléfono, decidió caminar para encontrar algún ser humano a quien pedirle indicaciones.

Exhausto de caminar, y ya anocheciendo, decidió recostarse de un árbol. Allí pasó la noche, teniendo pesadillas, congelándose por el frío que sentía. Manuel seguía pensando en cómo su padre le obligaba a ésto. Por la mañana, se despertó con un rayo de sol en la cara, pero no solo con eso: ¡también con un hombre mirándole detenidamente!

–¿Quién rayos eres? –preguntó Manuel.

–Soy Josué. Eres muy raro para ser un niño... –responde el hombre.

–Sí, sí... claro, pero ¿qué haces mirándome?

–Tienes un insecto encima. Es un hermoso grillo de Valle Nuevo. Hace tiempo que trato de quitártelo de encima para estudiarlo, así que me harías un gran favor si no te mueves y...

Inmediatamente Manuel escuchó la palabra “insecto”, enloqueció y se movió como loco, hasta que el grillo cayó al suelo y lo aplastó. El hombre se lamentó de no haberlo cogido antes.

–Gracias por decirme lo del grillo, son horribles, mejor dicho, todo aquí es horrible.

Bueno, me tengo que ir, debo encontrar una salida –le explicó Manuel.

–¡Oh, espera! ¡No te vayas! Yo conozco la salida de este lugar, sígueme.

Manuel no conocía a aquel extraño hombre, pero haría lo que fuera para salir de ese lugar. Pasó horas siguiéndolo, estaba harto del silencio, así que empezó a hacerle preguntas.

-Así que... ¿Qué hace un hombre como tú en un lugar como éste?

-Soy biólogo. Vine a Valle Nuevo para hacer algunas investigaciones y formar parte de la hermosa biodiversidad que lo conforma -respondió Josué.

-¡Wao! ¿Cómo es que puedes soportar estar en este bosque? Yo no lo soporto, es como estar en una pesadilla, ni siquiera quería venir.

-Te podría sorprender lo que puede hacer la Naturaleza. Si fueras más abierto y comprensivo con lo que Dios nos dio, podrías...

Manuel no lo dejó terminar, como en el momento en que se conocieron e inmediatamente le interrumpió.

-¡Mira! ¡Una casa! ¡A lo mejor haya alguien ahí adentro que nos pueda ayudar! Porque, viendo el tiempo que ha pasado, no creo que sepas por dónde vamos. Además, siento que hemos andado en círculo.

Cuando entraron, no había ninguna presencia humana. Manuel estaba exhausto y se recostó en el primer mueble decente que vio. Lo que Manuel no sabía era que aquella linda cabaña era de Josué, quien no le comentó nada.

-Deberíamos quedarnos en esta extraña, pero acogedora cabaña. Ya está anocheciendo y deberíamos descansar. Mañana continuaremos -dijo Josué.

Allá pasaron la noche. Al día siguiente, ambos se levantaron sintiendo un frío que les quemaba la piel. Pero no pensaron en eso y salieron para seguir en busca de la salida.

-Creí escucharte llorar anoche. ¿Llorabas? -le preguntó Josué al niño.



-No -respondió Manuel seriamente y con la cabeza mirando hacia abajo.

Mientras tanto, el padre de Manuel empezaba a preocuparse. Se suponía que, para el día siguiente, ya Manuel habría encontrado el sitio y debía habérselo comunicado por teléfono, pero no había recibido ni una llamada de su parte y tampoco el muchacho atendía a sus llamadas. Por lo que empezó a hacer una búsqueda en el bosque.

-Tengo hambre -dijo Manuel al rato- ¿No hay nada decente en este bosque que se pueda comer?

-Toma -le dijo Josué, mientras le pasaba unas moras algo congeladas.

-Están asquerosas, pero como no hay otra cosa por aquí que pueda consumir, tendré que comérmelas -dijo Manuel mientras se las comía con una cara de pocos amigos para luego continuar jugando en su teléfono.

-No deberías comportarte así, Manuel. Tienes que apreciar lo que Dios creó. Tú le das más importancia a ese celularucho tuyo, que a toda esta belleza que te rodea.

-Es que todo esto es horrible: las plantas se ven hipersucias. Además, cuando pasan las ovejas, hacen sus necesidades por todas partes. ¡No debería ser así! Gracias a Dios que se inventaron las casas, así nos protegemos de toda esta "Naturaleza". Además...-así se la pasó Manuel, hablando y hablando de lo horrible que le parecía esto y aquello.

Pasaban las horas y Manuel seguía quejándose. Josué ya estaba harto de la actitud de Manuel, por lo que se desesperó.

-¡Ya entendí! ¡Odias a la Naturaleza, odia los árboles, los aborreces, los desprecias, los detestas! Ahora, mi pregunta es.... ¿Por qué?

Manuel, entonces, se puso serio, agachó la cabeza, y se sentó sobre una roca mientras respiraba por la boca, lentamente. Después de varios minutos, finalmente, respondió.



-Mi madre murió en un accidente vehicular, a causa de un árbol, durante una fuerte tormenta.

Josué quedó impactado. A partir de ese momento, todo era más claro para él. Manuel continuó caminando con la cabeza baja. Josué lo seguía para no dejarlo solo, mientras meditaba en lo que había escuchado. Pasaron horas y Manuel no decía ni una palabra.

-Enseñame a amar la Naturaleza -pidió, repentinamente, Manuel. A lo que Josué accedió orgulloso y feliz.

Josué partió hacia los lugares más hermosos que tenía para enseñarle a Manuel. Le enseñó las altas montañas, el Alto de la Bandera, las exóticas plantas y flores, así como los insectos y los animales con los que se topaban, mientras él le explicaba la especie y características de cada una. También le explicó las razones por las que el lugar era tan frío siempre.

Manuel guardaba cada conocimiento que le proporcionaba su amigo. Cuando Josué lo llevó a ver el bosque de Ébano Verde, Manuel sonrió, por primera vez, desde la confesión que hizo.

-Este era el árbol favorito de mamá, -dijo Manuel sonriendo- sé que la Naturaleza es muy hermosa, pero desde aquel accidente he tratado de encontrar cualquier motivo para detestar a los árboles y todo lo relacionado a ellos. No comprendo porqué suceden estas desgracias.

-Es que hay cosas que no podemos controlar -respondió Josué.

-Ya no quiero hablar más del tema, vayamos a uno de esos ríos, los adoro.

Y, disfrutando de la Naturaleza, se pasaron casi todo el mes. Manuel, mientras tanto, aprendía cada conocimiento que recibía de Josué; pero el padre de Manuel perdía los estribos, no solo por la desaparición de su hijo, sino porque solo le quedaba una semana para llevar a cabo el proyecto y ni siquiera había encontrado los árboles. El padre de

Manuel decidió, entonces, llevar a cabo la búsqueda por su cuenta, acompañado de sus hombres.

Mientras Manuel y Josué se dirigían al río Tireíto, se encontraron con una gran sorpresa: ¡Manuel encontró a su padre! De la emoción, corrió hacia él dándole un gran abrazo.

–¡Qué gusto me da verte! –exclamó entre los brazos de su padre.

Pero entonces Manuel reaccionó y vio que los hombres que acompañaban a su papá estaban ahí, llevando en mano motosierras y cuñas. Inmediatamente notó que uno de ellos estaba a punto de cortar uno de los Ébanos Verdes y no pudo evitar correr gritando.

–¡No lo corten! ¡No lo corten! –gritó frente al hombre.

–Hijo, es un gran alivio tenerte a mi lado, pero deja que estos hombres hagan su trabajo para, al fin, salir de este horrible lugar.

–¡Pero si es el árbol favorito de mamá!

El padre de Manuel, inmediatamente, se puso serio y bajó la cabeza.

–Mira, papá, sé que fue horrible la tragedia de mamá, pero hay cosas que no podemos controlar. Ya han pasado 6 años, deberíamos empezar a superarlo. ¿Sabes que no fue nuestra culpa! ¡Son cosas que pasan! –dijo Manuel entre lágrimas– Sé que pensarás que cortar un árbol no hace daño, así hay muchas personas que piensan lo mismo. Pero con cada árbol que cortes, el planeta llora cada vez más. También sé que te pagarán mucho por llevar a cabo esta tala, pero hay cosas más importantes que el dinero en este mundo: están los animales que sufren por estas talas, el calentamiento global que estamos sufriendo a causa de esto...y estoy yo.

–Pero tú odias la Naturaleza tanto como yo –dijo el padre.

–Pero aprendí a amarla papá, –respondió Manuel– aprendí a amarla gracias a este

hombre: Josué. Este hombre me ha iluminado. ¿Por qué no puedes amarla como yo logré hacerlo?

El padre escuchó cada palabra que dijo su hijo mientras sonreía entre lágrimas. Inmediatamente fue hacia él y le abrazó.

-Tienes razón hijo, tienes razón –reconoció. Y detuvo la tala de inmediato.

Como es de esperarse, el papá de Manuel fue despedido. Ahora ambos luchan unidos por la misma causa, ayudando al medio ambiente...Y Josué fue bien recibido en la familia. Ahora... ¿Quién era el biólogo? Pues este humilde narrador. Haber estado con Manuel, en aquel bosque por semanas, me hizo reflexionar, me hizo mejor persona, me hizo capaz de entender que cualquiera puede cambiar su forma de ser y convertirse en alguien más considerado con la Naturaleza.

Esta historia demuestra que la belleza de la Naturaleza puede ser más grande de lo que te imaginas. Todos podemos hacer del mundo un lugar mejor, ahora la inquietud es...¿Puedes tú escuchar al planeta llorar?





LA MADRE DE LAS AGUAS MUERE DE SED

(El cambio de los *Advenis Iratus*)

En una hermosa pradera en Valle Nuevo, provincia La Vega, cerca del río Tireíto, la cotorra Torra y su mejor amigo Woody, un hermoso pájaro carpintero de cabeza roja, acostumbraban a juntarse, muy temprano en la mañana, para ver la salida del sol y, a veces, se pasaban todo el día hasta la tarde jugando. Un día, como parte del juego, les dio por recolectar pequeños piñones y ramitas de pino. Luego, las colocaron en pilas para ver quién podía hacer la pila más alta. De repente, las pilas se cayeron, desvaneciéndose, quedando todas regadas en el suelo. Riendo, se sumergieron entre las ramas y los piñones de pino recolectados y, así, disfrutaban de su amistad maravillosa.

Mientras jugaban, llegaron otras especies amigas. Primero, las hermanitas mariposas Calisto, Mari, Sita y Posi; luego llegó el canario Mario; también se integraron la libélula Lula, el lagarto Yarto y el cangrejo Mejo. Y con ellos vino la princesa Arcoíris, una dulce jovencita que les acompañaba y les apoyaba en todo. Solo ella podía escuchar sus voces; éstos venían desde las riberas del río Malo para reunirse con ellos y, como de costumbre, jugar con las hojas de los árboles, los pinos y el viento. El lugar parecía encantado, lleno de magia, donde reinaba la alegría y la diversión. Por los bellos y cristalinos ríos que se desprendían de sus entrañas, a esta zona le llamaron “La Madre de las Aguas”. Antes de caer la tarde, mientras jugaban, se prometieron no separarse nunca y que ese lugar sería siempre su morada.

Al llegar la noche, casi todos se fueron a sus respectivas guaridas. Allí solamente quedaron Torra, Woody y la princesa Arcoíris, quienes estaban súper agotados por la diversión del día. En el silencio de la noche, en el denso bosque de ébanos verdes, aún



se escuchaban sus historias y risas, las que fueron apagando poco a poco, hasta que el sueño los venció.

Antes de que el sol saliera, escucharon un estruendoso ruido, un ruido nunca escuchado en el bosque de Mechesito. Esto los espantó enormemente. Woody se apresuró a investigar lo que estaba pasando, pero apenas alcanzó sólo a ver una enorme máquina con ruedas que llevaba algunos “advenis” con cara de “iratus” (así le llamaba a las extrañas personas que estaban dentro del vehículo). Woody avisó inmediatamente a la princesa Arcoíris y a Torra. Ya en ese momento, por el ruido, las mariposas Mari, Sita y Posi, habían volado espantadas hacia donde estaban la princesa Arcoíris y Torra. La princesa les alentó diciendo que, quizás, eran algunas personas que, al extraviarse en el Valle Encantado, habían encontrado su camino y decidieron marcharse.

Ese día, como de costumbre, la princesa, acompañada de sus amigos, fue a buscar agua al río para regar las plantas y flores; los ríos de allí eran bien caudalosos, sus aguas tan cristalinas que se podían ver las rocas y piedrecitas en el fondo. Al llegar a la ribera del río, se encontraron con Lula y Mejo, quienes estaban esperándoles con ansias para acompañarles a regar las flores y plantas y para comenzar su juego de costumbre. Ellos tenían una forma muy particular de regar las flores: cantando, danzando y celebrando la felicidad que se respiraba en “La Madre de las Aguas”; la princesa Arcoíris podía poner color a cada planta que tocaba, por lo que el lugar parecía de ensueño. Al regar las plantas y las flores todos coreaban con ella la canción:

“A esto le llamo vivir, sí, vivir,
con plantas y flores que pueden sentir,
hermosos colores le adornan, y ser
bañadas completas les dan fuerza al crecer
su Madre de Agua vestida está
y les da el abrigo que les da libertad”.

Mientras todos cantaban y danzaban, y la princesa regaba las flores, a lo lejos se empezó a escuchar nuevamente el estruendoso ruido del motor de un vehículo grande. Woody gritó.





–¡Otra vez vinieron los Advenis Iratus y vienen hacia acá!

Inmediatamente, todos se preocuparon bastante. No encontraban qué hacer y se posaron sobre la princesa Arcoíris para sentirse protegidos. Ella, con valentía, quedó firme, de pie, observando de lejos qué se traían los Advenis Iratus; pero sucedió que aquellos no llegaron hasta la ribera donde estaban, mas bien comenzaron a hacer su hazaña desde el punto donde se encontraban.

Es que algún Improbis Ille había permitido que esos Advenis Iratus invadieran su territorio a cambio de pecunia. Ellos comenzaron a talar el bello nemus de ébano que se encontraba en La Madre de las Aguas, sin pensar en que ésta daba vida al nemus porque el nemus le retribuía la vida a ella; pero no, ellos solo pensaban en la ligna que podían obtener de allí. Todos corrieron despavoridos y pidieron a la princesa Arcoíris que idearan un plan para que esa pesadilla que estaban enfrentando, no fuera más una realidad.

–Si no conseguimos detenerlos, nuestro nemus desaparecerá. La Madre de las Aguas morirá de sed y tú perderás tu encanto para dar colores a las plantas –dijo el lagarto Yarto a la princesa.

Esto realmente preocupó aún más a Arcoíris. Mientras conversaban, los Advenis Iratus seguían tumbando todo lo que encontraban a su paso, llevándolos luego en grandes naves que desaparecían, una vez se llenaban de los troncos gigantes. Era como si un fuego devastador hubiera barrido la zona. La escena era triste y lamentable.

–¡Ya no tendremos dónde posarnos y aletear nuestras coloridas alas! –expresó la mariposa Posi llorando.

–No habrá lugar para nosotros. No tendré tronco alguno donde hacer guaridas para mí y Torra –lamentó Woody.

–¿Y en qué rama me posaré? –susurró entre sollozos el canario Mario.

–Ya no tendremos más plantas y flores qué mojar cada mañana –dijo el lagarto Yarto.

–¡Miren, La Madre de las Aguas está perdiendo sus fuerzas! –exclamó la libélula Lula.

–¡Oh, no! –gritó Mejo, entristecido.

En ese momento, la princesa Arcoíris cobró fuerzas.

–¡No permitiremos que La Madre de las Aguas Muera de Sed! Necesitamos hacer algo definitivo para detener a los depredadores Advenis Iratus –exclamó la princesa. A lo que enseñuida indicó –Mari, Sita y Posi, ustedes sostendrán el manto de polvo rosa, lo verterán sobre ellos al recibir mi señal. Este polvo servirá como un neutralizador del pensamiento, por lo tanto, no podrán coordinar sus ideas para seguir talando. Torra y Mario: ustedes recolectarán ramitas...todas las que puedan y las colocarán dentro del motor de la nave para detener su marcha. Lula y Mejo: ustedes se encargarán de hacer cosquillas por todos lados a todos ellos. Woody: te encargarás de picotear todas las sierras hasta que éstas no funcionen; mantente alerta ante cualquier insistencia de seguir dañando nuestro bosque, impedirás que los Advenis Iratus avancen pulsando tu pico en sus pies. Yarto: avisarás a todos los amigos del bosque para que vengan a apoyarnos, luego te quedarás conmigo aquí sobre mis hombros.

–¡Así lo haremos! –respondieron a una sola voz. Así comenzaron cada uno, según se les instruyó. Yarto fue inmediatamente a buscar refuerzos y apoyo de todos los amigos del bosque. Torra y Mario empezaron a colocar tantas ramitas como pudieron en el motor de la nave. Woody fue muy decidido a hacer pedazos las sierras destructoras y a defender a sus amigos.

Ante el enojo y la incertidumbre de los Advenis Iratus por descubrir qué estaba pasando con sus equipos, Lula y Mejo empezaron su ataque de cosquillas. Cuando ellos querían avanzar, Woody y otros carpinteros amigos empezaron a dar picotazos en sus zapatos haciéndolos retroceder. Cuando ya parecía ser mucho para el grupo de amigos, Arcoíris dio la señal a las mariposas Mari, Sita y Posi para que posaran sobre ellos el manto de polvo rosa, de modo que estos quedaran tranquilos y olvidaran, por un momento, sus deseos de depredar su hermoso bosque.




Al suceder esto, un enorme silencio se apoderó de todos. El grupo de amigos y los demás animales del bosque, se quedaron perplejos ante la mirada fija de Arcoíris hacia los Advenis Iratus. Estos parecían haber quedado paralizados ante el manto de polvo rosa, detenidos como zombis. Hasta ese punto, el plan iba muy bien, pero la mirada perpleja de Arcoíris se debía a que le faltaba pensar en la segunda parte del plan. Ya que el efecto del manto de polvo rosa solo duraría unos cuantos minutos, realmente no tenía mucho tiempo para pensar en un segundo plan complejo, por lo que debía buscar una solución sencilla y actuar cuanto antes.

Por otro lado, La Madre de las Aguas, yacía triste y apagada. Ya sus torrentes no eran iguales, su fuerza se había desvanecido y las nubes no parecían ser sus aliadas; cada vez se veía más y más sedienta. La princesa Arcoíris también empezó a sentir la debilidad de su encanto, sus colores ya no eran tan brillantes como antes, la energía para dar color a toda la Naturaleza se le estaba agotando poco a poco. Era su momento de pensar, y de hacerlo rápido.

Pensó en algo que a ella le parecía de dudoso resultado. No sabía si era la decisión apropiada, pero con determinación convocó a sus amiguitos para hacer algo que podría parecer imposible: cargarían a los Advenis Iratus y los llevarían a La Madre de las Aguas a recibir un poco de vida, a sentir su frescura, su humedad y el amor con que ésta podría rozarles la piel, limpiarles sus cuerpos y hasta sus mentes.

Para los amigos del bosque, esto parecía algo difícil de lograr, pero su deseo de salvar a La Madre de las Aguas era tan fuerte que podían mover cualquier cosa. Sentían que su deseo de lograr recuperar su hermoso bosque, su hogar, y devolverle todas sus energías a quien les daba vida, La Madre de las Aguas, era la fuerza motivadora que los hacía actuar.

Como torbellino se dirigieron a los Advenis Iratus, los levantaron fuertemente y, como con fuerza de gigante, aunque casi quedados a medio camino, seguían empujando con todas sus fuerzas. Ya faltaban pocos segundos para que el encanto del manto de polvo rosa terminara su efecto. Por eso, hasta la más diminuta hormiguita se acercaba para unir sus fuerzas con el propósito de lograr su gran deseo. Luego del corto recorrido que parecía eterno, pudieron entrarlos en las aguas de La Madre de las Aguas; ésta



con su amor, les bañó, les dio de beber y les refrescó. Sus aguas parecían suavizar sus rugosas pieles.

La princesa Arcoíris cayó a tierra y, con sus ojos cerrados, pidió al Gran Maestro de los Colores que permitiera que entrara en las mentes de los Advenis Iratus: el blanco de la fe, para que ellos confiaran en sí mismos y tuvieran la esperanza de obtener un futuro mejor sin tener que destruir; el azul de la pureza y la Naturaleza, para que sintieran el deseo de amar y proteger el hogar de todos, que es el planeta donde vivimos; el rojo del valor, para que tengan el coraje suficiente de no volver a dañar su entorno, aunque para ello tengan que rechazar la pecunia que tanto anhelan conseguir; el verde del conocimiento, para que aprendan por siempre la importancia de los recursos naturales que poseemos gratis; el naranja de la responsabilidad, para que asuman su compromiso de construir y no destruir; el amarillo del servicio y las buenas obras; el púrpura de la integridad, para que se mantengan firmes en su decisión de no hacer más daño a nuestro hábitat... y el dorado de la virtud, para que -a partir de ahora- tengan pensamientos elevados.

De repente, uno de ellos sacudió su cabeza. Para entonces, ya el efecto del manto de polvo rosa estaba desapareciendo. Todos estaban espantados y atemorizados, algunos salieron despavoridos al ver a uno de ellos levantarse de las aguas. Arcoíris aún yacía en el suelo, con sus ojos cerrados, buscando recibir respuesta a su nuevo encantamiento. Los intrusos se empezaron a parar uno por uno de las aguas, en eso Arcoíris se dirigió a ellos y les preguntó:

-¿Se sienten bien? ¿Pudieron sentir el amor de La Madre de las Aguas o sintieron ustedes algún daño de su parte?

-No puedo decir que recibí daño alguno -contestó uno de ellos.

-¿Qué amor tan grande puede tener La Madre de las Aguas que, aún siendo maltratada, lo que devuelve es amor a sus ofensores? ¿Acaso es de mayor valor la pecunia, que acaba y no vuelve, que recibir todo lo que este nemus puede brindar? -dijo la princesa Arcoíris.

Este es nuestro hogar y dependemos del nemus para dar vida a la Madre de las Aguas y solo manteniéndola viva, ustedes y nosotros podemos tener vida, las nubes se pueden convertir en nuestras aliadas y mis colores pueden resplandecer intensamente. La pecunia, que tiene fin, solo les puede dar poder para adquirir lo que el nemus les ofrece gratuitamente, ¿no es mejor idea conservar para todos el nemus?

–Bien has dicho. Me has hecho entender que destruir el nemus implica destruirlo todo, incluyéndonos a nosotros mismos –comentó otro.

Al escucharle hablar de esa manera, todos se sintieron sumamente felices. Desde ese momento, La Madre de las Aguas parecía sonreír a carcajadas, sus aguas se desplazaban como festejando el que le hayan perdonado la vida. Todos los amigos del nemus celebraron la vida con un gran festín. Allí también participaron los Advenis Iratus, a quienes les cambiaron el nombre por Bonum Advenis.

La princesa Arcoíris exclamó con alegría:

Por pura pecunia se cambia un tesoro.
Por menos que agua se muere de sed.
En suelos que pisas vuelcas la cabeza,
andando, parado, en un mundo al revés.
Aún tienes tiempo de extender tu mano,
de estirla tanto que pueda alcanzar
a unos y otros, vistos y no vistos
para levantar y poder ayudar.
Todos somos hijos de una buena madre
que daría su vida por vernos feliz
Madre de las Aguas prometo con fe
que mientras yo viva, ten tú por seguro
no mueres de sed.





LA GOLONDRINA VERDE

Siempre fui del tipo de aves que le tuvo temor a esas criaturas que van de bosque en bosque talando todo tipos de árboles y destruyendo los hogares de muchas aves. Esas criaturas se hacían llamar humanos, aunque yo siempre les decía criaturas.

Nací en Valle Nuevo, un lugar donde el invierno es frío, aunque no llega a ser devastador para las aves. Mi madre cuidaba de mis hermanos y de mí. Desde que nació escuchamos advertencias que, al principio, no comprendía.

—Todo estará bien, no hay de qué preocuparse: yo los protegeré —nos decía, aunque estaba preocupada.

Con el tiempo, comprendí por qué ella temía: nuestro nido fue destruido cuando derribaron nuestro árbol. Nuestra madre tuvo que buscar uno nuevo, donde nos mantuvo hasta que, mis hermanos y yo, nos volvimos adultos. Entonces, llegó el momento de que yo me acomodara en mi propio nido. Había encontrado un hueco en un alto y resistente ébano, en el cual yo descansaba, tranquilamente, en esas largas y frías noches de otoño.

Una mañana, estando el clima con una buena temperatura para volar, salí en busca de más materiales para finalizar la construcción de mi nido. Ya, alrededor del mediodía, yo iba de regreso con lo recolectado: paja y algunas pequeñas ramitas que, de vez en cuando, se me caían del pico. Una vez finalizados los últimos detalles, me encontraba ya dentro de él, probando su acogedor y cómodo interior; pero mi calma se rompió al oír un sonido que se me hacía familiar. Mis ojos se llenaron de terror y tristeza al ver que esas criaturas, a las cuales yo les tenía temor, estaban cortando mi árbol con una



herramienta que producía un sonido extraño. Ese mismo objeto fue el que utilizaron aquellas criaturas el día en que destruyeron el nido en el cual habitaba mi familia.

Cuando terminaron su trabajo, me sentí angustiada, preguntándome cosas como: ¿Dónde pasaré la noche? ¿Dónde criaré a mis polluelos? Entonces salí en busca de otro árbol, de nuevas ramas y paja para construir, nuevamente, otro nido. El temor invadía mi cuerpo, ya tenía pocas horas antes de que el sol se ocultara. Sin hogar para pasar la noche, mi vida correría peligro.

Mientras descansaba unos minutos en un árbol, pensando en buenos lugares para recolectar paja, oí unas voces en un idioma que se me hacía difícil entender. Cada vez las sentía más cerca de mí. De repente, vi a aquellas criaturas a las que temía, pero con un tamaño más pequeño, como si se hubieran encogido. Una de las criaturas me miró y gritó algo en su idioma. Luego empezaron a recolectar piedras de distintos tamaños y, posteriormente, empezaron a tirármelas.

Yo volé espantada, alejándome lentamente de allí. Me posé en otro árbol pensando que fue accidentalmente, pero me di cuenta de que no fue así ya que, al detenerme, esas pequeñas criaturas volvieron a tirarme grandes cantidades de piedras.

Una de las piedras golpeó mi ala izquierda, por lo cual perdí el control y caí en unos arbustos. Las voces de esas pequeñas criaturas se oían lejanas y, cada vez, se oían menos. Estaba empezando a hacer un poco de frío y yo no podía volar. El dolor me estaba torturando; en mi mente solo habían pensamientos de muerte. Pensaba en que no podría empollar a mis polluelos y que ya no podría volver a volar, por lo que moriría como una solitaria golondrina.

Mientras yo deliraba, oí el sonido de los arbustos moviéndose y, para mi sorpresa, apareció una pequeña criatura frente a mí. Sentí tanto miedo que me di por muerta. Pero esta criatura fue diferente a las demás; ésta no trató de herirme, al contrario, me agarró con mucho cuidado y me colocó sobre un tipo de nido pero mucho más blandito y calentito. El miedo y la desesperación habían desaparecido. No sé por qué, de alguna manera, me sentí segura, como si estuviera escondida debajo de las enormes alas de mi madre.




Esa pequeña criatura empezó a hablar en su idioma. Yo no entendía nada de lo que me decía, pero al verle a los ojos, sentí calma y tranquilidad. Esa criatura me llevó a un lugar habitado por más criaturas, de las de gran tamaño, a las cuales yo les temía. Me sentí un poco nerviosa, por lo que intenté moverme, pero nuevamente esa criatura me dijo algo en su idioma que no entendí y, al yo verla a los ojos, volví a calmarme.

Esa criatura se dirigió hacia donde estaban otras dos, más grandes. Una de ellas era hermosa. Estas no se parecían a las que habían ido a quitarme mi hogar. Ya no sentía tanto miedo. Empezaron a hablar en su idioma y, luego, me miraron entristecidas, como si ellas entendieran mi dolor.

Luego me llevaron con una criatura que me agarró y empezó a hacerle algo a mi ala herida. Creo que me estaba curando, ya que -cuando terminó de hacerle lo que estaba haciendo- me sentía mucho mejor, aunque todavía no podía volar. Permanecí algunos días con esas criaturas y, sin darme cuenta, ya les había perdido el miedo completamente. La pequeña criatura estaba hablando con las grandes criaturas y, luego, ellos me miraron con una gran sonrisa en su cara. La pequeña criatura siempre me llevaba dentro de una enorme jaula y, no sé por qué, empezó a repetir -casi todos los días- una extraña palabra: “Kira”.

Siempre decía “Kira” y yo desconocía el porqué. Sin embargo, con el tiempo, cada vez que decía esa palabra, yo me sentía feliz. Me di cuenta de que ese era un nombre que la criatura me había puesto. Yo nunca antes había tenido un nombre, quizá porque mi madre, fallecida cuando yo era muy joven, simplemente me decía “mi pichoncita”. Las criaturas grandes mencionaban la palabra “Peter” cuando estaban cerca de la pequeña criatura. Entendí, entonces, que ese era su nombre. Desde ese día, ya no le pensé como una pequeña criatura: para mí, él era “Peter”.

Los días iban pasando y sentí deseos de agitar mis alas. Yo extrañaba volar y, pronto, me di cuenta de que podía volver a volar nuevamente. Peter, al verme volar, se puso feliz y, al parecer, se lo dijo a las grandes criaturas en su idioma. Ellas, Peter y yo nos dirigimos al bosque y, al llegar a los pies de un árbol, Peter dijo algunas palabras en su idioma y, luego, de sus ojos, salieron lágrimas. Yo me sentí triste al verlo así. Entonces,



Peter me puso en una de las ramas del árbol y, luego, se alejó aun con lágrimas en sus ojos. Entendí que era el momento de seguir adelante por mi cuenta.

Peter y las grandes criaturas se fueron, mientras yo volé en busca de un árbol y de ramitas y paja para construir un nuevo nido. Aun así, seguía con la imagen de Peter en mi cabeza. Pasaron algunos días y logré, por fin, construir mi nido. Con el tiempo, llegó el momento de poner mis huevos, los que empollaba con mucho amor.

Una mañana, fui en busca de alimentos y, al volver, mis ojos se llenaron de terror: las grandes criaturas, incluyendo a Peter, estaban haciéndole algo a mi nido. Me sentí atemorizada, no sabía qué hacer, sentí que todo estaba perdido.

Me quedé observando desde lejos aquel experimento que hacían con mi nido. Luego, me di cuenta de que ellos no le hacían nada malo, por el contrario, construyeron algún tipo de jaula, aunque no tan grande como la que yo tenía cuando estaba herida. Para construirla, utilizaron material duro y liso que olía a árbol. ¡Mis ojos se llenaron de felicidad! Cuando las grandes criaturas terminaron, fui rápidamente a mi nido.

La sensación que tuve al entrar, me recordó el día en que Peter me encontró y me colocó en un tipo de nido suave y calentito. Este era algo parecido, solo que más acogedor. Luego salí y di varias vueltas alrededor de mi nido, llamando la atención de Peter, que al verme se puso muy feliz.

Ante eso, diariamente esas criaturas iban y construían más y más nidos en casi todos los árboles. Pienso que es para que las demás aves, puedan vivir felices, como yo, sin sentir miedo de que alguien las pueda lastimar. Mi temor a esas criaturas, los humanos, desapareció y todo fue gracias a Peter, un humano con un corazón grande, lleno de respeto y buenos sentimientos hacia todo lo creado por Dios.

Después de que el bosque estuvo lleno de nidos, las grandes criaturas se fueron. Aunque algunas veces volvían, ya ninguna nos hacía daño, ni destruía nuestros hogares. Por eso, mi especie y muchas otras, pudimos seguir adelante: gracias a esas criaturas y, especialmente, gracias a Peter, quien aunque se haya ido lejos, siempre estará en mi corazón.





Por Lissette Aline García Suárez

Ilustración: Domingo Guzmán

UNA SIMPLE GOTITA DE AGUA

-¡Horror! ¡Horror! –gritaban las mariposas con gran desespero.

-¡Se llevaron otra bebé golondrina verde!

-¡Mi hijo! ¿Por qué?

-¡Cómo se atreven a llevarse a los animales! ¿Qué les pasa a los guardabosques? ¿Por qué no nos protegen?

-¡Si van a venir a visitarnos será mejor que respeten las normas y no nos roben, nosotros no raptamos humanos! –se quejaban los animales.

Otro grupo de mariposas venía desesperado.

-¡Ayuda! ¡Ayuda! Se han perdido más personas en el Valle Encantado.

-¡Genial! ¡Ahora deben saber lo que se siente! Los humanos son tan extraños –dijo un pequeño conejo.

De inmediato, las libélulas fueron a mostrarles la salida.

-No les harán caso. No creo que los humanos sean capaces de dejarse guiar por animales –dijo nuevamente el conejo, pero seguido recibió un regaño de su madre por hablar mal de las personas. La sabia lechuza predijo:

-Tengan cuidado, un grupo escolar vendrá mañana.

Los animales pasaron toda la noche ideando un plan para que no ocurrieran desgracias aquel día. Por la mañana, el pájaro jilguero fue anunciando a todos, con su hermoso cantar, que el grupo escolar estaba llegando.

Cuando todos los visitantes estuvieron reunidos en el bosque, la maestra empezó a hablarles de los ríos que nacen en Valle Nuevo. Dijo que los principales son Nizao, Grande, Cuevas, Blanco, Banilejo, Ocoa y Tireíto. La maestra comentó que hay muchas personas que quieren robarse los animales y las especies por ser únicos en el Parque Nacional. Un niño la interrumpió.

-¿Qué interés tiene eso? ¡Como si a la gente le importara lo que las plantas sientan! Es más, ni yo mismo lo creo. ¿Y sobre los animales? Lo mismo nos los comemos, los tenemos de lujo, los tenemos encerrados y... ¡es más! Hasta los usamos para saber si un producto puede matar a alguien.

Al escuchar eso, por impulso, un escorpión intentó picar al niño pero, al darse cuenta de que estaba en lo cierto, no lo hizo. La clase estuvo en silencio hasta que la maestra habló.

-Es cierto lo que dices, pero por eso mismo debemos cuidar y proteger lo poco que nos queda y hacer que las personas sepan que, si no tomamos algo de conciencia, este planeta quedará completamente destruido.

Después fueron al centro de la República, el cual también queda en Valle Nuevo. Es un lugar muy impresionante, pues hay cuatro pirámides colocadas de tal forma que, si uno entra allí y mira hacia el cielo, se forma una cruz que marca el lugar, en este caso el centro de la República Dominicana.

Unos alumnos habían aprovechado que los guardabosques se habían ido a otro lugar para entrar al misterioso Valle Encantado, pero los animales les hicieron una pequeña broma por haber entrado sin permiso a un lugar tan peligrosamente extraño como aquel. Claro, no les pasó nada malo.





Solo cuando la maestra terminó de hablar de la fauna y flora endémica del lugar, se preguntó dónde estaban Juan, Miguel, Liz, Mía, Manuel y Mónica. Poco después, los niños aparecieron muy asustados. La maestra les preguntó por qué habían entrado hasta allí. El guardabosque les dijo:

–Tienen mucha suerte por haber podido salir. Hace un par de años, un grupo de alumnos como ustedes entró al Valle Encantado sin permiso. Diez días después los encontramos, gracias al rastreador del celular de uno de ellos. Según la leyenda, un hombre y su esclavo vivían en el Valle Encantado. El hombre había guardado su fortuna bajo tierra al lado de un árbol. Tiempo después, cuando el hombre murió, el esclavo fue a buscar ayuda, pero cuando volvió a buscarlo con otras personas, jamás apareció el cadáver ni la fortuna.

Al escuchar eso, todos los alumnos se quedaron asombrados, y los que habían entrado al Valle se sintieron felices por haber podido salir. Cuando todos fueron a las cabañas para comer, Juan empezó a contarles a los demás las cosas extrañas que les habían sucedido.

–Vimos una pequeña nube bastante cerca de la tierra –dijo–. Más adelante vimos que los árboles y una laguna estaban completamente congelados y llenos de escarcha. Era muy impresionante... algo completamente fabuloso. No sé, es más, no sabemos si caminamos en círculo, porque nos encontramos de nuevo con la nube, por lo que todos tuvimos la intuición de seguir caminando derecho. Al mirar fijamente la nube, vi caer una gotita de agua en un arbusto. Intenté agarrarla, pero no pude, ¡ya que se movía! Mía la tomó en su mano pero ¡seguía moviéndose! Pueden creerlo. Todos nos acercamos al río y Mía la tiró al agua. A pesar de que allí había mucha agua, todos podíamos verla claramente. Poco a poco, el río comenzó a tener un brillo extraño, pero hermoso. No les sé decir de qué color era. No tenía color y, al mismo tiempo, era de un solo color y, a la vez, de todos los colores. Era algo inexplicable. Sin darnos cuenta, el río nos hipnotizó. Fue algo maravilloso, hasta que, de repente, vi ante mis ojos una bandada de todo tipo de aves y murciélagos volando hacia nosotros. Por el piso se acercaban serpientes, conejos, escorpiones y muchos animales que ni siquiera sabía que existían. ¡Fue algo muy aterrador! No teníamos otra opción que correr...

En ese preciso instante, la maestra les avisó que ya tenían que entrar a los autobuses para regresar a la ciudad. Cuando ya se habían alejado por la carretera, la sabia lechuza dijo:

-¡Qué bueno que todo salió bien! Buena broma tuvieron todos. Espero que aprendan la lección y que recuerden todo de este lugar.

La lechuza se quedó pensando: “Me pregunto a qué se referían esos niños cuando hablaron de la nube, la gota de agua pura y el río resplandeciente”.





LA HUIDA

Hola, me llamo Edward y soy una golondrina verde; vivo en un lugar llamado Valle Nuevo, en La Española, una hermosa isla compartida por dos pueblos, uno de habla hispana y otro de creole, aunque francamente no sé cuál es la razón.

Mi historia comienza donde nací, en Jamaica, una isla un poco más pequeña que ésta. Allá los humanos llevaron mi especie a la extinción. Talaban nuestros árboles y nos raptaban para vendernos como mascotas. Era horrible. Mi familia y yo tuvimos la suerte de escapar, aunque extraño a mis amigos, los Gernika. Sus suaves hojas hacían a mi nido perfecto. Aquí vivo ahora, al lado del Alto de la Bandera, donde hice un nuevo amigo, Rospinio, pero sobre él les contaré después.

Cuando nací, mi familia se puso muy feliz. Todos querían una buena vida para mí, lo que no esperaban era que, justo en ese momento, talaran el árbol de mi nido. Un humano vio a mi papá, por el hermoso color verde de su plumaje, lo adoptó como mascota y lo encerró en una jaula. Después de ver eso, mi mamá me puso en su lomo. Salimos rápido de ahí, y del bosque que me vio nacer. Ni siquiera recuerdo cómo era.

Mi mamá no resistió mucho volando conmigo. Decidió hacer una parada en Kingston, el infierno de las aves, la capital de Jamaica, el epicentro de la comercialización de mi especie y de muchas otras. El aire allí era fétido, los mismos humanos habían dañado su propio hábitat. ¿No les parece increíble? Los humanos son la única especie que conozco que se hace daño a sí misma. Los humanos contaminan su ambiente, no les importa volverse poderosos a costa de la destrucción de la vida, aún de su propia especie. Y lo peor, he oído que se matan entre sí, y no para comer, simplemente para ocultar algo malo que hicieron o para ganar esas papeletas que las usan para adquirir todas las cosas innecesarias que ellos consideran vitales para vivir.





Ahora, después de todo lo que les dije, imaginen lo que le harían a otra especie; de seguro la matarían sin pensarlo dos veces, a menos que les resultara útil, como el lamentable caso de mi padre. ¡Un momento! ¡Mi padre podría estar ahí... aún con vida! Sí, eso sería probable. Aunque sería muy difícil encontrarlo... y si lo encontrábamos... ¿qué podríamos hacer? ¡Éramos dos aves en medio del mundo humano!

A nosotros de seguro nos matarían porque todavía yo no tenía el hermoso color verde que le agrada a los humanos. A pesar de estos temores, mi mamá necesitaba descansar y buscarme comida. En la ciudad eso es muy difícil porque la mayoría de los alimentos humanos son una porquería. No tienen valor nutritivo para nosotras, las aves. No sé para ellos.

Así pasaron varios años y yo fui creciendo en la ciudad sucia y contaminada, por eso nunca mis plumas se vieron verdes. Siguieron grises y sucias, nadie creía que yo era una golondrina verde. Tenía varios amigos: un perro, un gato y una rata. Ellos no tenían nombres, porque habían nacido en la calle. Nos llamábamos por nuestra especie, a mí me decían Golo, les parecía muy largo golondrina verde. Un día Perro me dijo:

–¡Hey, Golo! ¿Sabes de la existencia de Valle Nuevo?

–No sé qué es eso –le respondí.

–Es un hermoso valle ubicado dentro de un parque nacional que los humanos protegen para evitar la cacería de animales en la zona. Allí tampoco se talan los árboles; muchos de los de tu especie se encuentran allí.

–Es cierto –dijo Rata.

–¿Cómo se llega? –pregunté.

–Mira, –dijo Perro mientras sacaba un mapa de La Española –aquí, justo en el centro de la isla. Este es el Parque Nacional Juan Bautista Pérez Rancier, ahí queda Valle Nuevo.

-Quiero ir ahí.

-Lo sé, pero será muy difícil y, además, tu mamá ya está viejita y no creo que aguante -dijo Perro.

-Voy a decirle -y me fui de donde estaban... y no los volví a ver.

Llegué a mi casa, una lujosa caja detrás de un basurero, y le conté a mi mamá todo. Ella contestó desanimada:

-No sé si lo podemos lograr.

-Pero... llegamos hasta aquí volando y casi no comimos.

-Ahí lo dijiste todo: comimos, no mucho, pero lo hicimos, porque era un vuelo sobre tierra y podía bajar para buscar, aunque sea, unas abejas... y descansamos de vez en cuando. Volando sobre agua no lo podríamos hacer.

-Hay aves de nuestra misma especie que lo han logrado.

-Ellas partieron... pero nadie sabe si llegaron. Además, eran adultas. Estaban en su plenitud, no eran un polluelo y una vieja.

-Ya mamá... sino quieres ir me lo dices... aun así yo iré -y me fui de casa.

No sabía qué hacer, no quería dejar a mi mamá sola, pero tampoco quería estar en ese infierno de ciudad. Antes de tener tiempo para deliberar en mi mente la mejor opción, mi mamá voló hacia mí y me dijo que nos iríamos en ese mismo momento. Ella salió volando y yo la seguí.

-¿A dónde vamos? -le pregunté.

-Al parque a conseguir comida para tener una buena reserva, obviamente la come-





remos y, después, iremos a Punta Morant, el punto más cercano entre Jamaica y La Española. Mañana iremos a Haití volando sobre el mar. ¿De acuerdo?

Le dije que sí, porque ni modo... ese era su plan, el cual era mucho mejor que el mío: irnos directo a Valle Nuevo. Ocurrió lo pautado hasta la mañana siguiente, cuando mi mamá, justo antes de partir, me hizo una pregunta.

-¿De verdad quieres arriesgarte a todo esto sólo para no vivir en una ciudad?

-Sí, mamá. Yo no soy feliz en Kingston. Aunque tenga muchos amigos, me quiero ir a mi ambiente natural.

Así, sin más diálogos ni formalidades partimos hacia un extenso viaje en el que el mar parecía que nunca iba a acabar. Nada más veía lo azul, y sólo llevaba unas horas de viaje. Así pasamos varios días, hasta que mi mamá gritó:

-¡Tierra! ¡Tierra a la vista, muchacho!

-¿Dónde?

-Mira hacia el frente, no hacia el agua.

-Ah, ya la vi, pero son montañas. ¿Y la playa?

-Vamos a ir bajando altitud.

Así lo hicimos. Vi, entonces, una playa sucia y descuidada. Ya antes había oído historias de la parte oeste de La Española, pero jamás me imaginé, que tal era el deterioro, que a la playa se le veía más basura que arena.

Aterrizamos. Pasamos varios días descansando allí y, después, partimos. Todo el viaje a través de Haití fue fácil, hasta que mi mamá dijo que tenía que descansar: lo hizo en el peor momento. Cuando bajamos nos dimos cuenta de que estábamos en la

frontera que dividía a la isla en dos, justo donde se hace el intercambio comercial. Al ver a mi mamá, un humano la atrapó; estoy seguro que para venderla en una jaula, pero la cogió tan fuerte que la ahogó. Asustado, salí volando y, en menos de lo esperado, llegué a Valle Nuevo.

Estaba atónito, con todo lo que había pasado. Yo pensaba que al llegar a Valle Nuevo me iba a sentir alegre, pero ese no era el caso, estaba triste... era huérfano. De una vez me fui a Alto de la Bandera y me puse a llorar. No podía creer que después de llegar a Valle Nuevo estuviera tan triste. Todo por los humanos: los odiaba, quería hacerles daño; es más, se los iba a hacer.

Eso estaba pensando cuando, de repente, comenzó a llover. Para esconderme de la lluvia, volé hacia una zona sembrada de árboles de Pino Criollo. Ahí conocí a Rospinio, que al verme debajo de sus hojas, me habló.

-¿Por qué estas triste pequeña y joven criatura?

-Porque murió mi mamá -le respondí, sin entender cómo se había dado cuenta; entonces le pregunté- ¿Cómo sabes que estoy triste?

-Los árboles podemos percibir sentimientos en el aire. Es una habilidad ancestral. Pienso que no debes odiar a los humanos. No todos son malos. Hay algunos buenos y otros no tanto, como en todas las especies. Por ejemplo, en este Parque hay personas que me riegan cuando no llueve y otros que talan a mis amigos cuando nadie les ve.

-Los humanos nunca me han tratado bien.

-Pero aquí sí te van a tratar bien. Te lo prometo.

En efecto, al día siguiente, vinieron unos extraños que me recogieron del suelo, me lavaron y dieron de comer. Luego me reunieron con otros de mi especie, quienes me aceptaron con facilidad y me apoyaron. Y, así, mis días continuaron, entre recuerdos, la felicidad de mis amigos y los consejos de Rospinio.



